

La CRÍTICA, La POESÍA y su CIRCUNSTANCIA

(A propósito de unas páginas de Edoardo Sanguineti en su antología *Poesía italiana del Novecento*)

Pablo Anadón

El estudio de la literatura desde una perspectiva sociológica, e incluso política, como la que fue habitual, cuando no de rigor, hace algunas décadas (pero sus estribaciones son bien visibles hasta el presente), tiene sin duda su importancia y su valor, en la medida en que eran dimensiones poco atendidas hasta entonces, y en la medida en que todo autor, *volente o nolente*, es un hombre de su tiempo y un hombre de la sociedad en la que nace, crece y hace su obra, ya sea en concordancia o en discordancia con las condiciones en las que se ha formado. Personalmente, tengo gran admiración y gratitud, por ejemplo, hacia los estudios de Ángel Rama, en especial su libro *Las máscaras democráticas del modernismo*, en el que la obra de los poetas modernistas hispanoamericanos es examinada preponderantemente a la luz de la compleja trama de circunstancias históricas, económicas y sociales en la que fueron escritas, aunque sin descuidar su especificidad literaria, ni sus vínculos con otras circunstancias, como las filosóficas y culturales en general.

En casos menos afortunados, los riesgos de tales análisis de corte sociológico son, entre otros, el esquematismo, que lima las aristas de las singularidades artísticas en aras de que encajen mejor en las categorías con las que el estudioso articula su mecanismo interpretativo, y la tendencia a considerar la creación como un efecto directo de causas que se dan por ciertas, desestimando lo que pueda haber en ella de imprevisible y de inclasificable en términos historiográficos y sociológicos corrientes.

Releyendo esta mañana la introducción de Edoardo Sanguineti a su notable antología de la *Poesía italiana*

del Novecento (Einaudi, Turín, 1969), advertí otros peligros, quizá mayores, no tanto para la justipreciación de las obras, como para el propio espíritu del crítico. En las primeras páginas, al hablar de los poetas con que se inicia, a mi juicio acertadamente, la selección (Pascoli y D'Annunzio), autores a caballo entre el siglo XIX y el siglo XX, Sanguineti señala (traduzco a vuelo de teclas): «Se quiere decir, en suma, que el siglo XIX se cierra, y el siglo XX se abre, [...] sobre dos capitales y solidarias experiencias de antirrealismo poético, las cuales se distribuyen, como por armonía preestablecida, y en todo caso sociológicamente determinada, las vertientes alta y media de nuestras letras. Se quiere decir que el sublime pequeño burgués es embestido, a golpes de picota, por el patético *self-made man* pascoliano, entre los anhelos y los fantaseos idílico-milenaristas del nacionalismo social de la pequeña propiedad agraria, con tanto de propiedades protegidas por sólidas cercas de matorrales benéficas, mientras que por la vertiente alta... [allí se pasa a los efectos de la obra dannunziana, que aquí nos interesa menos]. [...] El burgués honesto, por lo que de esta raza sobrevive, resiste a esto con dificultad. Por un lado, es seducido inevitablemente por esa fabricación sádica de maquinitas líricas para lágrimas, *ad usum infantis*, pero para nada ineficaces sobre los mayores, pacientemente manipulada sobre la ocasión de la tragedia familiar por el poeta de Barga...» [págs. xxxiii-xxxiv].

Se ve que en mi anterior lectura no había percibido tal peligro, tal vez por la simpatía personal hacia Sanguini-

neti (el primer tomo lleva su firma, con una cordial dedicataria: «per Pablo Anadón, dopo un lungo colloquio che, spero, continuerà nel tempo, con amicizia»), ya que no hay ninguna nota al margen, ni siquiera el signo de pregunta con que suelo marcar mi discordancia. Hoy, en cambio, no solo disentí, sino que me desagradó, casi dolorosamente, lo leído. No solo advertí los dos peligros antes mencionados, sino también un tercero, e incluso un cuarto. En efecto, en el tono del crítico, sutilmente irónico, sentí nítidamente esa desconfianza, esa suerte de antipatía profesional con que los autores de tal enfoque socio-lógico-político a menudo abordan las obras de grandes escritores, como si, por un lado, quisieran descubrir el engaño, la trampa que se oculta detrás de un magnífico artificio, y por el otro necesitaran disminuirlos, presentarlos como instrumentos menores, más o menos inocentes, más o menos culpables, de ese retablo en el cual ellos son las marionetas y los intereses sociales —económicos, clasistas, políticos, de género, etc.— quienes mueven sus hilos.

El problema, por cierto, no es que se detecte la mayor o menor presencia de tales intereses, sino que la importancia que se les asigna pareciera volver insignificante toda otra grandeza que pudiera haber en sus creaciones: se diría que el crítico se siente más lúcido, más inteligente, que el autor estudiado, lo cual puede hacerle pecar, en el mejor de los casos, de presunción, y en el peor, de estupidez (no es este el caso, sin embargo, de Sanguineti, como lo demuestran las observaciones puntuales que a continuación hace sobre los poetas incluidos en la antología, así como su perspicaz estudio sobre Gozzano, entre otros trabajos exegéticos).

Y un riesgo que sentí, aún más grave, es que tal actitud puede llevar al estudioso a una aproximación, por así decir, ‘deshumanizada’ de esas obras, sin ese mínimo de simpatía —en el sentido etimológico— que se requiere para valorar la obra como resultado de una ardua tarea espiritual, por lo general no exenta de pasión y de padecimiento. Así, que Sanguineti hable de «fabricación sádica de maquinitas líricas para lágrimas, *ad usum infantis*, pero para nada ineficaces sobre los mayores, pacientemente manipulada sobre la ocasión de la tragedia familiar por el poeta de Barga», me pareció, para decirlo llanamen-

te, una bestialidad crítica: que las tragedias personales pueden devenir en buena o en mala poesía, no hay duda, pero esas «maquinitas líricas» son los poemas de *Myricae* (1900, en su edición definitiva) y los *Canti di Castelvecchio* (1903), en los que Pascoli logra dar forma —extraordinariamente— a un duelo de años, precisamente el de su atroz tragedia familiar cuando aún era un niño (el asesinato del padre, cuando Giovanni tenía doce años, en 1867, la posterior miseria de la familia, la muerte de su madre y de su hermana Margherita al año siguiente, y poco después, de su hermano Luigi y del hermano mayor, Giacomo).

Vale decir, habría que recordarles a los críticos lo que reza aquella vieja canción: «Remember: be careful, it's my heart...». Me preguntaba, por último, cerrado ya el libro y pensando en esto, qué podía conducir a un poeta y una inteligencia sensible como la de Edoardo Sanguineti a semejante anestesiamiento, y me respondí, provisoriamente, que podía ser algo parecido a la «razón de Estado» o a la «razón revolucionaria», a lo que lleva a una persona, por lo demás bondadosa y solidaria, a justificar incluso el asesinato, si es por una causa «superior» (siempre que no sea él quien tenga que apretar el gatillo, como observó George Orwell a propósito de un poema juvenil de W. H. Auden en el que se justificaba el homicidio por motivos políticos).

En efecto, cuando Sanguineti escribe el prólogo a su antología, a fines de los años 60, prepara su selección como una suerte de maquinaria militante de choque, una catapulta asentada sobre dos ruedas, la revolución (neo) vanguardista en el plano artístico y la revolución socialista en el plano político, y para tales fines los autores precedentes de la tradición poética italiana, salvo aquellos que aparecen como antecedentes y anuncios de ellas, son menos interlocutores que adversarios a quienes aplastar con los proyectiles de su catapulta poético-política. Lamentablemente, en aquel «lungo colloquio» que mantuvimos tantos años atrás todavía no había llegado por mi parte a estas consideraciones, porque me habría gustado planteárselas y, sobre todo, escuchar lo que podría haberme respondido, con esa lucidez y esa franqueza que lo caracterizaban. ■ ■

Ranchos (Bs. As.), 14-x-18